

“Este el primero sea que secunde  
El ya maduro ideal que os desarrollo;  
Esa cuna infantil de sangre inunde,  
Y arranque para siempre tal pimpollo  
Antes que amargo fruto lo fecunde,  
Y en su mismo vigor encuentre apoyo:  
Apáguese esa chispa, antes que encienda  
Fuego voraz que en nuestros reinos prenda.

“Y, si acaso opusiere resistencia  
Esa turba venal, y del acero  
Substraerle intentare á la violencia;  
Armese entonces nuestro reino entero,  
Póngase nuestra fuerza en evidencia:  
De fuego armados y del rayo fiero  
Volemos á afrontar á los celestes,  
Y quebrantar esas traidoras huestes.

“Cérberos y Medusas y Quimeras,  
Y Lamias y Centauros y Geriones,  
Furias todas y Górgones guerreras,  
Invadid del empíreo las regiones,  
Las sidéreas altísimas esferas;  
Arrebaten y traigan en prisiones  
Ese párvulo vil, aunque escondido  
Tenga en el seno de Jehová su nido.»

Calló Belial, del odio el corifeo,  
Y el tartáreo cornífero senado  
Lo aplaudió con horrible palmoteo:  
Quedó ese plan tetérrimo aprobado;  
Y en la esperanza de tan gran trofeo,  
El Erebo sintióse alucinado.  
¡Cuán caras pagarás tus alegrías,  
Pérfida raza, en no remotos días!

Mientras el Orco ruge y se enfurece,  
Y sigue urdiendo la más negra trama;  
El tierno Salvador, en quien ya crece  
Más y más de su amor la ardiente llama,  
A su Padre, cual víctima, se ofrece  
Por todo un mundo que impotente clama:  
Ya de su amor prepara las primicias  
Al hombre vil, que forma sus caricias.

Ocho veces el sol infatigable  
Al planeta feliz ha circundado,  
Desde que el tierno Parvulillo amable  
Al estadio mortal se ha presentado  
A luchar por la estirpe inconsolable.  
Va á ser del primer lauro coronado;  
¡Pero ¡ay! ese laurel está teñido  
Con la primera sangre que ha vertido!

Baña ese rojo humor, gota por gota,  
La diestra patriarcal, y el fierro crudo  
Que entra tremante por la piel ya rota  
Del noble vencedor. Dolor agudo,  
A la Madre arrancó sensible nota,  
Que su púdico labio ahogar no pudo;  
Meditan en silencio ambos esposos  
Esos místicos ritos dolorosos.

Miéntras, toda la etérea jerarquía,  
Cumpliendo del Eterno el gran mandato,  
Sigue bajando á aquella gruta fría  
Para rendir adoración y acato  
Al Rey pequeño del eterno día:  
Como en torno al pastor se reúne el hato;  
Así la excelsa corte esplendorosa  
Ha acudido en escuadra numerosa.

Uno de aquestos coros presenciaba  
Aquel acto sublime y elocuente,  
En que por vez primer se derramaba  
La sangre de la Víctima inocente  
Que, á costa de ese precio, conquistaba  
Un Nombre gloriosísimo y potente,  
Unica salvación de los mortales,  
Unico alivio de infinitos males.

Luego que el rito augusto terminóse,  
Mil címbalos sonaron y arpas de oro;  
Ese dolor en júbilo trocóse,  
Y modula otra vez el sacro coro  
Un cántico solemne que elevóse  
Al alto empíreo, rítmico y sonoro;  
Y, si suena en mi oído todavía,  
Así aquel himno angélico decía.

“Vive, oh Rey de los siglos, que dejaste  
Tu diamantino alcánzar estrellado,  
Y del humano á la mansión bajaste  
Para que él se levante de lo creado.  
Hoy tu primer victoria reportaste,  
Con rubíes sangrientos coronado;  
Hoy grandioso y magnífico tu Nombre,  
Dulce y amable suena para el hombre:

“Más dulce y suave que la miel hiblea,  
Más que la lluvia y bienhechor rocío  
Para el prado que ardiente lo desea,  
Tostado por los rayos del estío;  
Más grato que la brisa cuando alea  
Y peina de Sarón el atavío;  
Que el murmullo del límpido arroyuelo  
Que corre jugueteando por el suelo.

“Es tu gran Nombre el bonancible puerto  
Para el mísero náufrago afanoso,  
Que ve del ponto el negro abismo abierto;  
Es de la aurora el rayo bondadoso  
Para el triste viajero, que inexperto  
Se ha extraviado en el bosque tenebroso;  
Es vida, libertad, luz, refrigerio  
Para el que gime en triste cautiverio.

“La aurora lo repite al despertarse,  
El ave lo murmura en la enramada,  
Respóndele la fuente al despeñarse  
Por la roca de musgo tapizada,  
Y el piélago no cesa de ensayarse  
Por grabarlo en la arena acariciada;  
Resuena en fin por toda la natura  
Este almo Nombre lleno de dulzura.

“Es música gratisima al oído,  
A la boca, dulcísima ambrosía;  
Es júbilo que inmenso, indefinido  
Desbórdase en el alma y la extasía;  
Es grito de victoria en el vencido,  
En el débil, vigor y lozanía,  
Es vida en el que lucha con la muerte,  
Es la gran prenda de la eterna suerte,

“El también dentro el Erebo resuena;  
Pero ahí se transforma en el horrible  
Rugido del león, de gran melena,  
Que á su presa se arroja irresistible;  
Es el mugir de tempestad que atruena;  
El rayo que, con ímpetu terrible,  
Hace el roble saltar en mil astillas,  
Y anuncia de Jehová las maravilas.

“Esta grande palabra al pronunciarse,  
Los hondos reinos de la noche eterna  
Tendran á su despecho que inclinarse,  
Y venerar la potestad superna,  
Que quiso tales cifras adaptarse:  
Todo por este Nombre se gobierna,  
La tierra, el cielo, el universo entero,  
Que en tí adora al Monarca verdadero.

“¡Oh mil veces mortales venturosos!  
¡Oh linaje de Adán, tan señalado  
Del amor por los triunfos más gloriosos!  
¡Oh cuán gran redentor se te ha mandado!  
De los altos palacios fulguerosos,  
Por quién á nuestro reino eres llamado!  
Pero ¡ay de tí, si en el olvido apagas  
Tan grande amor, y con amor no pagas!”

Cayó el dulce cantar, y su armonía,  
En simétricas ondas al romperse,  
Poco á poco en los aires se perdía.  
Viose luego de un coro desprenderse,  
Dirigiéndose recto hacia María,  
El bellissimo Uriel. Humedecerse  
El ha mirado los maternos ojos,  
Al deslizarse cual jacintos rojos,

Por el hierro crüel la sangre pura  
Del tierno parvulillo sonriente,  
Y sintió entónces lástima y ternura  
El bellissimo Uriel de la doliente  
Madre; endulzarle quiso su amargura;  
Sesgó el vuelo hacia ella, y, reverente  
A la Virgen de nítida inocencia  
Así habló con dulcísima cadencia:

“Madre; madre del Verbo ya humanado,  
Que en tí se complació; por vez primera  
Hoy una aguda espina se ha clavado  
En tu materno pecho: es la carrera  
De tu hijo augusto, un áspero, erizado  
Sendero en que pululan por doquiera  
Hórridos cardos, juncos espinosos  
Que han de trocarse en lauros victoriosos.

“Da tregua á tu dolor: venga el consuelo  
A derramar en tí santa alegría:  
Un mensaje feliz el alto cielo  
Hoy por mi boca, pródigo te envía.  
A compasión moviose al ver tu duelo,  
Y quiso despejar esa sombría  
Ligera nubecilla de tristeza;  
¡Ay tu largo sufrir ahora empieza!

“Oyeme, pues, oh Madre. El ambicioso  
Imperio de las sombras ha cedido  
Sus dominios al sol esplendoroso  
Que entre toscos peñascos ha nacido;  
La estrella de Jacob, su rayo hermoso  
Por todo el universo ha ya esparcido:  
Brilla una inmensa luz, que al orbe envuelve  
Y la antigua tiniebla se disuelve.

“Astro nuevo, de blonda cabellera,  
Que jamás han mirado los mortales,  
Hace ondular sus bucles en la esfera,  
Y va regando perlas en raudales  
Allá donde la aurora placentera,  
Del olimpo al abrirse los umbrales,  
De rosas se corona y de amaranto,  
Al preludiar de la natura el canto.

“Allá donde las brisas diligentes,  
Cual libélulas, vagan por los prados,  
Recogiendo en sus alas transparentes  
El llanto y los suspiros perfumados  
Del bálsamo y la mirra redolentes,  
Y de los cinamomos encumbrados:  
Remotos, feracísimos países,  
Que natura, al mirar, hizo felices.

“En toda esa extensión aún palpita  
De Balám la solemne profecía,  
Que de los pueblos en la mente escrita,  
Nutre sus esperanzas noche y día,  
Y vivas ansias sin cesar excita.  
Tres sabios reyes, raza noble y pía,  
Que entre esas gentes tienen su dominio,  
Preocupados del alto vaticinio,

“Con noble afán, desde su edad primera,  
Observaban solícitos y atentos  
Los astros rutilantes, su carrera,  
Sus órbitas y raudos movimientos,  
Y leyes que el Creador les impusiera  
Cuando la nada hirió con sus acentos;  
Y aquí y allí, siguiendo indicios vagos,  
No atienden ni del sueño á los halagos.

“¡Oh! cuántas veces las calladas horas  
En su negro capuz los envolvieron;  
Cuántas veces su llanto las auroras  
Y su aljofar sobre ellos sacudieron;  
Cuántas présagas aves gemidoras  
Con sus roncas endechas los hirieron,  
Mientras ellos, las marchas desiguales  
Persiguen de los mundos siderales.

“Y, cual suele el piloto en noche oscura  
Acechar incansable la alta estrella  
Que es norte para él, y la segura  
Ruta le presta sonriente y bella:  
Así ellos dirigiendo hacia la altura,  
Su púpila tenaz, buscan aquella  
Sidérea luz, que, al recortar sus giros,  
Ya tal vez casi escucha sus suspiros.

“Si un bólido su cauda desparrama,  
Sus áureas franjas por el vasto cielo,  
O ardiente exhalación, rápida inflama  
Las muertas auras en su combo vuelo;  
Grito entusiasta de emoción aclama  
Aquel ígneo meteoro, y en su anhelo  
Creciendo van; mas nunca la tardanza  
Entorpece á la alígera esperanza.

“Un día, por fin, que sus matices rojos  
Apenas dibujaba en el oriente;  
De improviso surgir ante sus ojos,  
Cual barbado cometa refulgente,  
De la noche arrollando los despojos,  
Miran un astro extraordinario ingente.  
Con un férvido aplauso clamorean,  
Y al nuncio de su dicha vitorean.

“Su enfática mirada en él clavaron,  
Y en su irizado núcleo, (¡oh gran sorpresa!)  
Un bellissimo infante columbraron,  
Que hacia ellos, con grande gentileza,  
Sus brazos alargaba. Se asombraron  
Los reyes, y, creyendo con certeza  
Que era el astro de amor cuyos fulgores  
Suspiraban los siglos voladores:

“Entendieron su tácita elocuencia;  
Y al mismo tiempo, un grito vigoroso  
En el fondo sonó de su conciencia  
Que les mandaba, al Todopoderoso,  
Que revestido había tal apariencia,  
Rendirle el homenaje más glorioso,  
Y sus ricos tributos presentarle,  
Y como al Rey eterno venerarle.

“El cometa en los aires suspendido,  
Con un dulce vaivén se balancea,  
Y, avivando su brillo, los convida  
A marchar prontamente á la Judea,  
Donde ha surgido el Astro de la vida.  
Un estímulo extraño aguijonea  
Los coronados sabios, diligentes,  
Y á la marcha se aprestan diligentes.

“Y, aunque eran entre sí desconocidos,  
Al impulso de fuerza misteriosa,  
Con gran pasmo encontráronse reunidos  
De Arabia en la ciudad más populosa;  
Y de honda sensación sobrecogidos,  
Refieren entre sí cosa por cosa;  
Y, sin hallar aun leve divergencia,  
Bendicen á la eterna Providencia.

“Una espontánea aclamación resuena,  
Como el grito de nobles vencedores  
Tras de sangrienta bélica faena;  
Y, según sus divisas y colores,  
El numeroso séquito se ordena,  
Y la marcha se rompe entre las flores,  
Que la siguiente aurora ya esparcía,  
Y sus crenchas de púrpura tendía.

“Aquí y allí sin orden esparcidos  
Los astros todos por el sol ardiente,  
Entre tibios celajes escondidos,  
Abandonaran el zenit luciente,  
En un conflicto desigual vencidos:  
Sólo aquel astro enorme que, elocuente,  
Al Rey de las estrellas anunciaba,  
Las saetas de Febo desafiaba;

“Y, dando al viento su áurea cabellera,  
Avanzaba gallardo y majestuoso,  
Como adalid, al frente de la entera  
Real comitiva que con presuroso  
Paso se mueve, en actitud guerrera.  
Ni montañas, ni ríos, ni el brumoso  
Soñoliento desierto, ni la escarcha  
Han puesto alguna rémora á su marcha.

“En grande orden los nobles peregrinos  
Siguen ardientes, siguen incansables  
Por confusos senderos y caminos,  
Y cuencas más y más impracticables.  
Ya diez veces sus rayos opalinos  
Ha escondido en las sombras impalpables  
El rubicundo volador auriga,  
Que sus bridones sin cesar hostiga:

“Cuando aquel real cortejo numeroso,  
Formado por distintas muchedumbres,  
Cerca ya de su límite afanoso,  
Hizo alto de Galaad sobre las cumbres,  
De cuya altura, llenos de alborozo  
Los tres jefes, las torres y techumbres  
De la augusta Salém ya contemplaban,  
Y así con emoción la saludaban:

“¡Levántate oh Salem! sobre tu frente  
Ya asoma, ya fulgura el grande día  
Que más que el sol, te hará resplandeciente;  
Despierta, abre tu pecho á la alegría!  
Pues la gloria del mismo Omnipotente  
Sobre tí se derrama en demasía.  
Tú eres, oh Sión, la universal lumbrera,  
El faro luminoso de la esfera.

“Hasta las más incógnitas regiones  
Llegarán de tu luz los reverberos;  
Monarcas de vastísimas regiones,  
Los pueblos más salvajes y más fieros  
El brillo seguirán de tus pendones;  
Y su incienso quemando en pebeteros,  
Los reyes de Sabá, la gran clemencia  
De Jehová cantarán en tu presencia.

“Los Etiópes vendrán á prosternarse  
Ante el fruto que guardan tus entrañas:  
Mas las turbas que intentan afrontarse,  
Y sostener contigo sus campañas,  
Las verás en el polvo revolcarse,  
Y en convulsiones hórridas y extrañas  
Morder el suelo con rabiosos dientes:  
¡Tú siempre has de reinar entre las gentes!”

Ya el puerto columbremos, oh Talía,  
¿Quién cruza por allá? ¿qué sombra es esa  
Que entre las sombra de la noche fría  
Agilísima y rápida atraviesa,  
Y nadie de su marcha la desvía?  
¿Porqué hierve y rebulle su cabeza  
De áspides y de equidnas erizada,  
Y es feroz y sangrienta su mirada?

Encréspanse las auras, le abren valla;  
Las sombras se espeluznan y se encogen,  
La mira el genio del terror, y calla;  
Las negras horas, tímidas recogen  
Sus luengos pliegues, y la tierra estalla,  
Como terrible imprecación que arrojen  
Salvajes labios, cuantas veces hierve  
Conesa sangre fétida que abzuerve,

Al pasar la fantasma sanguinosa  
Que, sedienta de estragos y de horrores,  
Siguiendo va su marcha impetüosa  
Antes que el alba raye sus fulgores.  
Mas ¿quién es esa larva misteriosa  
Que pudiera al terror causar terrores?  
Del Erebo parece mensajera,  
Es la hermana de Aletto y de Megera,

Es la horrenda Tisífone execrable . . . .  
Es la más cruda de las tres hermanas . . . .  
Del Averno el tirano formidable,  
Pábulo dando á sus quimeras vanas  
De que al Dios Hombre aniquilar le es dable  
Manda esa torva furia á las lejanas  
Murallas de Salém, cuyos torreones  
Se esfuman de la noche en los crespones.

Al resplandor de su rojiza tea,  
Con que abrasa los campos y ciudades,  
Y el pecho del mortal agujijonea,  
Y lo enciende en la sed de mil maldades;  
El monstruo cruel de la región letea,  
Que los vergeles trueca en soledades,  
Entre vastos suntuosos edificios  
Del palacio réal buscaba indicios.

Bajo un purpúreo pabellón dorado,  
Entre varios riquísimos tapices,  
Se encuentra el gran tirano recostado,  
Exhalando por boca y por narices  
Los efluvios de un sueño desbordado,  
Cual suele visitar á los felices  
De la madre común cultivadores,  
Que riegan y fecundan con sudores.

Mas el sueño del déspota extranjero,  
Que de Judá gobierna los destinos,  
No es el sopor amable y placentero  
Que iguala á poderosos y mezquinos;  
Es de crápula engendro verdadero,  
Parto monstruoso de espumantes vinos:  
Sólo Baco se asocia al Idumeo  
Para tender sus redes á Morfeo.

La angustia, los afanes roedores,  
Esa ambición indómita, insaciable,  
Y el terrible agujijón, y los clamores  
De la conciencia rígida indomable  
Que lo llena de insólitos terrores,  
Le han robado por siempre el sueño amable,  
Desde que en sangre fraternal bañara  
Las gradas de ese trono que usurpara.

La sangre desde entonces no se orea  
En la diestra feroz del fratricida,  
Que aun en sueños la huele y saborea;  
Y, en ambición creciendo sin medida,  
Toda ley y derecho pisotea,  
Y agítase cual sierpe enfurecida:  
Monstruo igual nunca vomitó el Averno;  
Suena su nombre con baldón eterno.”

Este era de la Estige el mandatario,  
A quien el negro príncipe confiaba  
La empresa de destruir al adversario.  
Ya Tisífone cauta penetraba  
Las aulas del monarca sanguinario,  
Y con su hacha fumosa iluminaba  
Pórticos y terrados y balcones,  
El real lecho y los vastos artesones.

Todo el palacio parecía inflamarse  
En rojizos fulgores sulfurosos,  
Y sus altas agujas proyectarse  
Sobre los mismos astros silenciosos.  
Mas aún el tirano desatarse  
No puede de los lazos perezosos  
Que un férreo torpe sueño le ha tendido,  
Y era más y más fuerte su ronquido.

La Furia entonces con nervuda mano  
La emponzoñada tea lanzó mohina  
Sobre el rostro cejudo del tirano,  
Quien, del lecho estrujando la cortina,  
Frenético incorpórase, é insano,  
Con lasciva mirada viperina,  
Los ojos clava en ella, transformada  
En Lidia desenvuelta y descocada.



Fin del Canto Séptimo

